

Domingo 16° del Tiempo Ordinario. Ciclo A.

“Dios conoce a la suyos; la paciencia de Dios”.

Vivimos en una sociedad caracterizada por lo que algunos autores llaman “*la diseminación religiosa*”. Podemos encontrarnos con creyentes piadosos y con ateos convencidos, con personas indiferentes a lo religioso y con adeptos a nuevas religiones y movimientos, con gente que cree vagamente en “algo” y con individuos que se han hecho una “*religión a la carta*” para su uso particular, con personas que no saben si creen o no creen y con personas que desean creer y no saben cómo hacerlo.

Sin embargo, aunque vivimos juntos y mezclados, y nos encontramos diariamente en el trabajo, el descanso y la convivencia, lo cierto es que sabemos muy poco de lo que realmente piensa el otro acerca de Dios, de la fe o del sentido último de la vida. A veces ni las parejas conocen el mundo interior del otro. Cada uno lleva en su corazón cuestiones, dudas, incertidumbres y búsquedas que no conocemos.

No es fácil saber cómo Dios se abre hoy camino en la conciencia de cada uno. La “parábola del trigo y la cizaña” nos invita a no precipitarnos. No nos toca a nosotros identificar a cada individuo. Menos aún excluir y excomulgar a quienes no se identifican en el “ideal cristiano” que no nosotros nos fabricamos desde nuestra manera de entender el cristianismo y que, probablemente, no es tan perfecta como nosotros pensamos.

Las parábolas del trigo y la cizaña, de la mostaza y de la levadura nos hablan del crecimiento del Reino de Dios, independientemente de la respuesta que el hombre dé a la invitación de Dios. El Reino de Dios crece, aunque parezca algo insignificante, como crece la mostaza, que es una semilla muy pequeña, o como crece la masa por la acción de la levadura, que en el volumen de la masa también es algo insignificante.

La parábola añade, además, **que, junto con el Reino de Dios (el trigo), también crece la cizaña**: todo lo que es contrario a los valores del Reino, para resaltar que en este crecimiento **Dios no tiene prisa por que se impongan los valores del Reino, sino que ES PACIENTE.**

El Reino de Dios crece en nosotros, entre nosotros. Quizá, si somos negativos, estamos incapacitados para descubrir cómo crece el Reino de Dios, porque sólo vemos la maldad que hay alrededor. Pero **el Reino está creciendo allí donde se dan los valores del Evangelio**, los valores de las bienaventuranzas: justicia, voluntad de Dios, fraternidad, solidaridad, paz, misericordia... En medio de muchas circunstancias de nuestras vidas hay valores del Reino, está creciendo el Reino.

Pero el Reino crece mezclado con la cizaña; es decir, con valores que son antievangélicos: la insolidaridad, el egoísmo, el individualismo, la competencia, la marginación, la incomunicación, la división, el rencor, la envidia... **Valores que, no sólo están en otras personas, sino que también están presentes en cada uno de nosotros.**

Por eso hay que **tener cuidado con ser intransigentes, impacientes, puritanos** (que piensan que el mal está en los otros y están incapacitados para ver su propia cizaña) como los criados del evangelio, que querían arrancar enseguida la cizaña, **porque nos podemos equivocar. A veces somos más papistas que el Papa**, más santos que Dios.

La celebración de hoy es una invitación a parecernos más a Dios, para que el Reino pueda ir creciendo en nosotros. **Dios es PACIENTE**, como nos deja entrever la parábola del trigo y la cizaña, y es **CLEMENTE y MISERICORDIOSO**, como nos dice el salmo responsorial. **Son atributos de Dios en relación con el hombre: Dios siempre nos da una oportunidad más para**

colaborar en la construcción del Reino de Dios: tiene paciencia con nosotros, es misericordioso; es decir, pone su corazón en nuestras miserias, para sanarlas, para mostrarnos su perdón y su compasión; y es clemente; es decir, es justo con el ser humano y su justicia es siempre misericordiosa, comprensiva.

*A esto nos invita la celebración de este domingo:
a no querer arrancar la cizaña que hay en los demás,
sino a ser misericordiosos, pacientes, clementes, con los demás, como lo es Dios con nosotros.
**Quizá así podamos comprobar cómo, misteriosamente, lo negativo, la cizaña,
se transforma en trigo.**
Sólo el amor puede hacer cambiar a los demás;
sólo el amor nos puede transformar a nosotros mismos.*

*Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.*